

# Editorial

---

En la madrugada del 27 de febrero de este año, un terremoto de magnitud 8,8 grados Richter sacudió a nuestro país, enfrentándolo a uno de los desastres naturales más grandes de su historia, el segundo sismo en intensidad, después del experimentado el año 1969 en Valdivia y el séptimo movimiento telúrico más fuerte en la historia moderna del planeta.

Las zonas más afectadas por el terremoto fueron las regiones de Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Maule, Bío-Bío y la Araucanía que acumulan más de 13 millones de habitantes, cerca del 80% de la población del país. Cerca de 500 mil viviendas resultaron con daño severo y se estiman un total de 2 millones de damnificados. Como si esto no fuera suficiente para devastar estas regiones, aquellas que tienen costa se vieron afectadas por un fuerte tsunami que destruyó varias localidades.

Un desastre natural de la magnitud del experimentado en Chile trae una estela de consecuencias, de las que aún no tenemos efectiva y precisa cuenta. Sabemos que no pasarán inadvertidas en el desarrollo del país, no sólo en su la economía, infraestructura, salud y educación, sino también que en la experiencia personal de cada chileno y chilena, donde el sentimiento de caos, impotencia, y pérdida puede ser más desolador que cualquier otro.

Dentro de esta catástrofe, la desigualdad que tiñe el desarrollo de Chile más que nunca quedó en evidencia, mostrando quiebres sostenidos en el tejido social y faltas de inclusión social de diversos grupos de la población. Ante este escenario, los trabajadores sociales nos hemos sentido particularmente convocados a participar en la reconstrucción del

país, pero ¿cuánto saber acumulado tenemos en Chile para implementar acciones especializadas en esta área?

Al parecer hasta la fecha el enfrentamiento de los desastres en Chile ha tenido una base precaria de instrucción académica, y esto se constituye en un desafío urgente para el Trabajo Social chileno. Porque en el mundo, la disciplina ha avanzado en estas materias; es más, enfrentado hoy al cambio climático y sus implicancias, el Trabajo Social internacional investiga crecientemente sobre estos temas. De acuerdo a la declaración política NASW\* sobre Desastres, se establece que los trabajadores sociales son “especialmente adecuados para interpretar el contexto de desastres, para abogar por servicios efectivos, y proporcionar liderazgo en la colaboración esencial entre las instituciones y organizaciones” (NASW, 2003).

Situados en el contexto nacional el Trabajo Social está llamado a anlizar la situación desde una lógica conceptual integral orientada a generar estrategias de intervención para el desarrollo de las localidades afectadas.

El esfuerzo que este número 78 de la Revista Trabajo Social hace, es justamente acumular evidencia y reflexiones que favorecen el desarrollo incipiente en nuestro país de la temática *Trabajo Social y Desastres*, un eje que hace de la emergencia una urgencia de investigación sobre procesos sociales asociados a los desastres y sobre intervenciones que aborden tanto la emergencia como propuestas de desarrollo que contribuyan a mejorar la calidad de vida de las personas y las comunidades.

**Margarita Quezada Venegas**

Directora

ESCUELA DE TRABAJO SOCIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

---

\* Asociación Nacional de Trabajo Social de los Estados Unidos de América, la asociación de trabajadores sociales con más miembros en el mundo.